

En el artículo dedicado a «Los poetas» (8) incluye juicios sobre Salvador Rueda, Vicente Medina y Villaespesa. En la *Autobiografía* (9) describe su amistad con Valle-Inclán y cómo tuvo lugar el encuentro con Unamuno; «con Joaquín Dicenta, cuenta allí, fuimos compañeros de gran intimidad, apolíneos y nocturnos».

Esta amistad con los escritores pertenecientes a la llamada generación del 98 y cuantos con ellos convivían, la afirmó Rubén Darío asistiendo a sus cotidianas tertulias y colaborando en diversas revistas literarias, de las que luego hablaré. Reuniendo nombres, escribe Rubén en el texto de su *Autobiografía*, rememorando al que él fue cuando el siglo moría: «Me juntaba siempre con antiguos camaradas, como Alejandro Sawa, y otros nuevos, como el *charmeur* Jacinto Benavente, el robusto vasco Baroja; otro vasco fuerte, Ramiro de Maeztu; Ruiz Contreras, Matheu y otros cuantos más; y un núcleo de jóvenes que debían adquirir más tarde un brillante nombre: los hermanos Machado; Antonio Palomero, renombrado como poeta humorístico, bajo el nombre de *Gil Parrado*; los hermanos González-Blanco, Cristóbal de Castro, Candamo; dos líricos admirables, cada cual según su manera: Francisco Villaespesa y Juan Ramón Jiménez; *Caramanchel*, Nilo Fabra, sutil poeta de sentimiento y arte; el hoy triunfador Marquina y tantos más» (10).

El texto leído incluye, mencionados por sus nombres, a varios de los escritores pertenecientes al tercer grupo de literatos con quienes sostuvo relación Rubén Darío en Madrid; me refiero a los que realmente representan el «modernismo» en España, pertenecientes por edad a la generación de 1886, todos muy jóvenes al iniciarse el siglo y dar comienzo con él a su labor lírica, y que tuvieron por maestros a Valle-Inclán y Rubén Darío. A los nombres de Antonio y Manuel Machado, de Cristóbal de Castro y Candamo, de los hermanos González-Blanco, Juan Ramón Jiménez, Villaespesa y Eduardo Marquina, iba a añadir luego Rubén Darío en sus recuerdos los de Ramón Pérez de Ayala y Gregorio Martínez Sierra, los de Antonio de Zayas y Mariano Miguel de Val, el del poeta granadino Eduardo de Ory, los de Carlos Fernández-Shaw, Rogelio Buendía y los hermanos Juan Antonio y Jenaro

(8) *Ibid.*; III: 247-57.

(9) *Obras completas*; I: 144.

(10) *Ibid.*; I: 141-42. Este texto de Rubén Darío mezcla, un tanto arbitrariamente, escritores pertenecientes, por edad, a distintas promociones, lo que en cierto modo testifica a favor de la hipótesis, que yo acepto, de cómo la postura no conformista, en lo literario sobre todo, adoptada por los escritores de la promoción de la Regencia fue compartida por literatos mayores que ellos en edad y asimismo por aprendices de escritor que siguiendo un criterio cronológico hay que adscribir a la que Julián Marías propone titular generación de 1886. Una última aclaración: *Caramanchel* es seudónimo del escritor RICARDO CATARINEU LÓPEZ GRADO (cf. LUIS S. GRANJEL: *La generación literaria del noventa y ocho*; edic. Anaya; Salamanca, 1966).

Cavestany; ya adentrado el nuevo siglo, Rubén Darío sostuvo asimismo relación con Sofía Casanova y Carmen de Burgos (11). En su artículo «Nuevos poetas de España», recogido en el volumen *Opiniones* (1906), Rubén Darío enjuicia, siempre con elogios, la labor poética de los hermanos Machado, de Ramón Pérez de Ayala y Antonio de Zayas, de Villaespesa, Juan Ramón Jiménez y Andrés González-Blanco. En la *Autobiografía* (12), recordando los comienzos de esta amistad suya con los poetas jóvenes, dando testimonio del influjo que sobre ellos ejerció, proclama con manifiesta complacencia: «esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico... La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria».

TERTULIAS Y REVISTAS

La figura de Rubén Darío, sus silencios, se hicieron habituales en varias de las tertulias donde a diario, en aquel provinciano Madrid finisecular, reafirmaban su vocación los escritores jóvenes. Asistió Rubén Darío a la tertulia literaria del Café de Madrid, que presidían Valle-Inclán y Benavente, y en ella convivió con Alejandro Sawa, Cornuty, Bargiela y Rafael Urbano, los dibujantes Francisco Sancha y Lealda Cámara, Ramiro de Maeztu, los hermanos Baroja, Antonio Palomero y Adolfo Luna, entre otros. En el Café de Madrid lo conoció Ricardo Baroja, autor del primer retrato literario hecho a Rubén Darío en España: «Es corpulento, dice Ricardo Baroja, recordando al que era en 1899 (13), de cabeza gruesa. El cabello negro tiene tendencia ligera a arrollarse en pasa. Brazos cortos, manos y pies breves. Se sienta en lugar principal... En su tez aceitunada apenas se entreabren los ojos pequeños, negrísimos, velados por esa vaga nostalgia que presta el sol ecuatorial a los hombres de raza negra. Sus ademanes son tardos; parece anquilosado bajo el chaleco y chaqué que le oprimen el torso. Apenas habla, parece que tampoco escucha; pero cuando Palomero lanza, con su voz cavernosa, algún sarcasmo; cuando Benavente hace algún epigrama o Valle-Inclán sentencia, él paralizado personaje murmura:

(11) De estas amistades literarias hay testimonios en las obras de Rubén y asimismo en su epistolario (cf. DICTINO ALVAREZ: *Cartas de Rubén Darío*; Madrid, 1963).

(12) *Obras completas*; I: 147.

(13) RICARDO BAROJA: «Dramatis personae», *Gente del 98*, 19. Barcelona, 1952. Otros recuerdos de la existencia de Rubén Darío en Madrid son rememorados por RICARDO BAROJA en su artículo «Timidez, valor y alcoholismo» (*Ibid.*, 69-73).

—¡Admirable! ¡Admirable! —y torna a su inmovilidad de Buda en éxtasis.

Entre los labios gruesos de su boca silenciosa pasan hacia dentro ríos de cerveza, y a medida que la mesa se llena de botellas vacías los ojos del bebedor son más opacos.

El incansable bebedor es el poeta Rubén Darío.»

Asiste también a las reuniones que los miércoles celebra en su casa Luis Ruiz Contreras; fue presentado por Antonio Palomero, y en aquella tertulia hogareña conversa con el anfitrión, con Ricardo Fuente, Adolfo Luna y Rafael Delorme, con Joaquín Dicenta, con Benavente, Valle-Inclán, el futuro *Azorín*, Pío Baroja, Maeztu y Manuel Bueno. Acudió Rubén Darío a la tertulia del Café de Fornos, en la que eran habituales Joaquín Dicenta y Alejandro Sawa, y entre otras, en fechas posteriores, a la fundada por Valle-Inclán en el nuevo Café de Levante, en la cual, en épocas distintas, hicieron número, en compañía de pintores y dibujantes, Pío Baroja y *Azorín*, Alejandro y Miguel Sawa, Cornuty, Bargiela y Rafael Urbano, los hermanos Machado, *Silverio Lanza* y Manuel Bueno. Entre los escritores que eran jóvenes al finalizar el siglo, Rubén Darío gozó de indiscutible prestigio; Melchor de Almagro San Martín, rememorando su temprana relación con las tertulias de «modernistas» y «noventayochistas», encabezadas, respectivamente, por Valle-Inclán y Benavente y por Baroja y el futuro *Azorín*, nos dice cómo a despecho de indudables disparidades estéticas e ideológicas, «ambas tertulias caen de acuerdo en la admiración por Rubén Darío, a quien consideran el más grande poeta español de los tiempos modernos» (14).

Desde su primera estancia en Madrid, Rubén Darío colaboró en muy disparejas publicaciones periódicas y en algunos diarios de la Corte; textos luego recogidos en *Prosas profanas* fueron primero publicados, desde 1892, en *La Ilustración Española y Americana*; artículos y poesías suyos aparecieron en *Madrid Cómico* y *Blanco y Negro*; durante algún tiempo escribió en *Heraldo de Madrid*. En la revista *Ateneo*, que gobernaba su amigo Mariano Miguel de Val, publicó entre 1906 y 1912 estudios sobre Amado Nervo y Balbino Dávalos, la semblanza de Alfonso XIII y los textos poéticos «Marcha triunfal», «En el Luxemburgo», «A Mistral» y «Era un aire suave» (15). Importa destacar de este capítulo de la actividad literaria de Rubén Darío su contribución a las revistas, todas de efímera existencia, fundadas unas

(14) MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN: *Biografía del 1900*, III, 2.^a edic. Madrid, 1944.

(15) El Ateneo madrileño organizó en 1912 una fiesta en honor de Rubén Darío, interviniendo en ella Benavente y Joaquín López Barbadillo; los trabajos que ambos leyeron en aquella ocasión los publicó, el mismo año, la revista *Ateneo*.

por los escritores de la promoción de la Regencia y otras por los poetas pertenecientes a la generación de 1886.

En 1899 encabeza el primer suplemento mensual «América», que publicó la revista *Vida Nueva*. El mismo año, en su número de 15 de septiembre, el nombre de Rubén Darío figura en *Revista Nueva*, la publicación de Ruiz Contreras, como director de su redacción hispanoamericana; a esta revista aportó Rubén Darío una inicial ayuda económica, integrando su colaboración literaria tres artículos, un comentario crítico, el relato «Cuentos del Simorg. El Salomón negro», dos entregas poéticas de «Dezires, layes y canciones» y otras dos entregas de «Las ánforas de Epicuro» (16); en *Revista Nueva*, el hecho merece destacarse, tuvo lugar la verdadera vinculación de Rubén Darío al grupo que entonces componían los escritores jóvenes, «modernistas» y «noventayochistas» (17). En *La Vida Literaria*, revista también de 1899 y que durante un tiempo dirigió Benavente, se publican versos de Rubén Darío, compartiendo las páginas de esta publicación con colaboraciones de Jacinto Benavente y Valle-Inclán y textos poéticos de Juan Ramón Jiménez, entre otros. Importante fue la contribución hecha por Rubén a la revista *Electra* (1901), publicando en los siete números que integran su colección cuatro colaboraciones; aquí su nombre aparece ligado a los de Salvador Rueda y Valle-Inclán, Villaespesa, Antonio y Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez. En el archivo de Rubén Darío figura la carta, fechada en 1904, donde *Azorín* solicita su colaboración para *Alma Española*; en esta revista, cuya edición dio comienzo a fines de 1903, el nombre de Rubén hace compañía a los escritores de la promoción de la Regencia, a las firmas de Dicenta y Alejandro Sawa y del grupo de literatos más jóvenes a las de Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala.

Especial significación ha de concederse a la contribución literaria hecha por Rubén Darío a las revistas propiamente «modernistas», fundadas por los poetas de la generación de 1886; me refiero a *Helios* (1903-1904) y *Renacimiento* (1907); también estuvo presente Rubén en *El Nuevo Mercurio* (1907), revista dirigida por Enrique Gómez Carrillo, de la que fueron colaboradores, entre otros, Manuel Machado y Gregorio Martínez Sierra. En la revista *Helios*, vencida una negativa inicial motivada por razones económicas, de la que dan noticia varias cartas intercambiadas con Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío publicó

(16) Sobre la colaboración de Rubén Darío en *Revista Nueva*, cf. LUIS S. GRANJEL: *Biografía de «Revista Nueva»* (Salamanca, 1962). Una excelente información general sobre las publicaciones que fundó la generación de 1898 la ofrece el libro de DOMINGO PANIAGUA: *Revistas culturales contemporáneas, I. De «Germinal» a «Prometeo»* (Madrid, 1964).

(17) Cf. L. RUIZ CONTRERAS: «Rubén Darío y poetas americanos», *Memorias de un desmemoriado*, 247-59. Madrid, 1946.